



II DOMINGO DE CUARESMA

13 de marzo de 2022

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.... **R/ Amén.**

El Señor, que dirige nuestros corazones para que amemos a Dios, esté con todos vosotros.
R/ Y con tu Espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

Hermanos:

Nos reunimos como Pueblo de Dios. La liturgia de este segundo domingo de Cuaresma nos invita a contemplar la Transfiguración del Señor, a subir al monte con Él y a vivir después en el servicio a nuestros hermanos.

Con esta fe y con espíritu de acción de gracias confiando en el Señor, comenzamos nuestra celebración.

[CANTO]

ACTO PENITENCIAL

Unidos, en este tiempo de Cuaresma, le pedimos perdón al Señor.

. - A ti, que nos has llamado a todos a la salvación, te decimos:

R/ Señor, ten piedad.

. - A ti, que nos invitas a participar de tu misión en el mundo, te decimos:

R/ Cristo, ten piedad.

. - A ti, que alientas a tu familia a ser modelo de entrega y servicio, te decimos:

R/ Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna

ORACIÓN COLECTA

OH, Dios, que nos has mandado escuchar a tu Hijo amado,
alimenta nuestro espíritu con tu palabra,
para que, con mirada limpia,
contemplemos gozosos la gloria de tu rostro.

R/ Amén.



LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Lectura del libro del Génesis (15, 5-12.17-18)

En aquellos días, Dios sacó afuera a Abrán y le dijo: «Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes.»

Y añadió: «Así será tu descendencia.» Abrán creyó al Señor, y se le contó en su haber.

El Señor le dijo: «Yo soy el Señor, que te sacó de Ur de los Caldeos, para darte en posesión esta tierra.»

Él replicó: «Señor Dios, ¿cómo sabré yo que voy a poseerla?»

Respondió el Señor: «Tráeme una ternera de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y un pichón.»

Abrán los trajo y los cortó por el medio, colocando cada mitad frente a la otra, pero no descuartizó las aves. Los buitres bajaban a los cadáveres, y Abrán los espantaba. Cuando iba a ponerse el sol, un sueño profundo invadió a Abrán y un terror intenso y oscuro cayó sobre él. El sol se puso y vino la oscuridad; una humareda de horno y una antorcha ardiendo pasaban entre los miembros descuartizados.

Aquel día el Señor hizo alianza con Abrán en estos términos: «A tus descendientes les daré esta tierra, desde el río de Egipto al Gran Río.» ¡Palabra de Dios!

R/ Te alabamos, Señor.

Salmo responsorial Sal 26, 1.7-8a.8b-9abc.13-14

R. El Señor es mi luz y mi salvación.

R/. El Señor es mi luz y mi salvación.

El Señor es mi luz y mi salvación,

¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida,

¿quién me hará temblar?

R/. El Señor es mi luz y mi salvación.

Escúchame, Señor, que te llamo;

ten piedad, respóndeme.

Oigo en mí corazón:

«Buscad mi rostro.»

R/. El Señor es mi luz y mi salvación.

Tu rostro buscaré, Señor,



no me escondas tu rostro.

No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio.

R/. El Señor es mi luz y mi salvación.

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.

Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor.

R/. El Señor es mi luz y mi salvación.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Filipenses (3, 17-4,1)

Seguid mi ejemplo, hermanos, y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en nosotros. Porque, como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos, hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas. Sólo aspiran a cosas terrenas. Nosotros, por el contrario, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo. Así, pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor, queridos. ¡Palabra de Dios! **R/ Te alabamos, Señor.**

[Canto del Aleluya]

EVANGELIO:

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (9, 28b-36)

En aquel tiempo, Jesús cogió a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto de la montaña, para orar. Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y, espabilándose, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él.

Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, qué bien se está aquí. Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.» No sabía lo que decía.



Todavía estaba hablando, cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía: «Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle.»

Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

¡Palabra del Señor! **R/ Gloria a Ti, Señor Jesús.**

Nos sentamos para la reflexión sobre las lecturas que acabamos de escuchar.

II DOMINGO DE CUARESMA–CICLO C - LUCAS (9, 28b-36):

Lucio, un pagano, amigo del filósofo Séneca, hizo un largo viaje buscando distraerse y curar la depresión que le aquejaba, pero no volvió mejorado. Séneca le escribió una carta en la que le decía: “¿Te extrañas como de una cosa rara, de haber hecho un viaje tan largo y tan variado de itinerarios sin disipar la pesada tristeza de tu corazón? ¡Es de alma de lo que hay que cambiar, no de clima!”. Es una recomendación muy oportuna para este tiempo de Cuaresma: los anuncios de felicidad, con los que la publicidad nos envuelve están a la orden del día, pero no logran que seamos más felices. En este segundo domingo de Cuaresma, la liturgia pone ante nuestros ojos a Abrahán y a los tres discípulos que subieron con Jesús a lo alto del monte para orar. Por medio de estos creyentes, Dios nos hace ver su propio rostro en Jesucristo transfigurado y nos muestra que se puede esperar en Él incluso contra toda esperanza.

Abrahán había dejado su tierra, siguiendo la llamada de Dios, y se mostró dispuesto a desprenderse de quien más quería, su propio hijo, por ser fiel a Yahavé, su Dios; en la primera lectura de hoy el Señor sella alianza con Abrahán, en medio de una teofanía misteriosa, diciéndole: «Tu descendencia será como las estrellas del cielo».

Antes de subir al monte de la transfiguración, Jesús había anunciado a sus discípulos su pasión, muerte y resurrección, sin ocultarles que también ellos tendrían que tomar la cruz cada día. Ahora, en lo alto del monte, se manifiesta ante ellos transfigurado con toda su gloria, junto a Moisés y Elías, los dos representantes del Antiguo Testamento más sagrados para los israelitas, conversando sobre «su muerte que iba a consumar en Jerusalén»; y, de nuevo, como en el río Jordán, se deja oír la voz del Padre: «Este es mi Hijo, el escogido, escuchadle».

He aquí el núcleo de la revelación y de la espiritualidad cristiana. Moisés y Elías hablan con Jesús de su pasión y muerte en un horizonte glorioso, pues Jesús está transfigurado, sus vestidos deslumbran de luz y el episodio final al que todo se encamina es la resurrección. Hablan de sufrimiento, pero también de gloria. Ponen de manifiesto que en este Dios se puede esperar, como hicieron Jesús y los patriarcas, contra toda esperanza. Hablan, por lo tanto, de esa lucha personal que hemos de librar en nuestra vida para



dominar el egoísmo y las pasiones destructivas del hombre, hasta alcanzar la victoria de una vida nueva.

Entonces, la reacción de aquellos tres apóstoles fue decepcionante. El evangelista no oculta que allá arriba, «se caían de sueño». También en otro momento crucial de la vida de Jesús, en su oración en Getsemaní antes de la pasión, se durmieron y no fueron capaces de acompañar a Jesús velando con él una hora. Además, aquí, en el monte, quieren prolongar el momento glorioso que están viviendo y proponen construir tres chozas para quedarse allí, sin percatarse de que aún no había llegado el tiempo de la resurrección; antes, Jesús tenía que afrontar la dureza de la pasión y la muerte. El evangelista hace notar que Pedro, cuando dijo esto, «no sabía lo que decía». Aquellos discípulos eran tan impacientes como nosotros para alcanzar el final feliz de la historia y tan remisos como nosotros para afrontar la dureza y el sufrimiento que lleva consigo la lucha contra el mal. En la segunda lectura de este domingo, el apóstol Pablo recomienda, en su carta a los cristianos de Filipos, que no se dejen engañar por los que pretenden conseguir la felicidad inmediatamente mediante una vida disipada, porque «su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas. Sólo aspiran a cosas terrenas», y son «enemigos de la cruz de Cristo». Frente a estos cantos de sirena, les recuerda que son «ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo». Jesucristo, Señor, Salvador y hermano, vuelve a aparecer ante nosotros, en este segundo domingo de Cuaresma, como el que tiene de verdad palabras de vida eterna.

Pedro Escartín Celaya

Nos ponemos de pie y juntos recitamos el Credo, el fundamento de nuestra fe:

Credo de los Apóstoles

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN DE LOS FIELES:

Oremos a Dios, que es Padre lleno de misericordia y pidámosle que escuche la oración de su pueblo:

Repetimos después de cada petición: **Te rogamos, óyenos.**



1.- Para que la Iglesia predique la Palabra de Dios y sus exigencias y sea una voz profética que resuene en nuestro mundo invitándolo a la conversión, oremos: **R/ Te rogamos, óyenos.**

2.- Por nuestra diócesis de Barbastro-Monzón, por su presbiterio y comunidades religiosas, para que todos vivamos con fidelidad nuestra vida cristiana, oremos: **R/ Te rogamos, óyenos.**

3.- Por nuestra comunidad aquí reunida, para que recemos, busquemos e invitemos, en nombre de Dios, a cuantos puedan ser llamados para ser pastores de su Iglesia, oremos: **R/ Te rogamos, óyenos.**

4.- Para que María, Madre y modelo de los consagrados, acompañe a los que viven su vocación en medios contrarios al Evangelio, y dé fuerza a su fidelidad, oremos: **R/ Te rogamos, óyenos.**

5.- Para que la Iglesia, que comenzó su andadura con gente humilde y sencilla, viva su opción preferencial por esta porción predilecta del Señor, oremos: **R/ Te rogamos, óyenos.**

Escucha, Señor, nuestra oración y concédenos vivir cumpliendo tu voluntad.

Por Jesucristo nuestro Señor. **R/ Amén.**

[Finalizada la oración de los fieles, el animador toma la reserva Eucarística y la pone sobre el altar. Mientras colocamos la reserva eucarística sobre el altar, los feligreses pueden permanecer sentados o de rodillas. CANTO]

RITO DE COMUNIÓN.

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía, signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna, oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Padre nuestro, que estás en el cielo...

[Tomando en las manos la sagrada Eucaristía y elevándola, el animador dice:]

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la Cena del Señor...

[Distribución de la Sagrada Eucaristía. CANTO]

ORACIÓN FINAL

Te damos gracias, Señor, porque nos llenas de esperanza contemplando tu gloriosa Transfiguración.

Tú nos llamas a participar de tu vida gloriosa en el cielo y te pedimos que, mientras vivimos en este mundo,

podamos cumplir tu voluntad y anunciar tu nombre a todas las gentes.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. **R/ Amén.**



El próximo día 19, sábado, la Iglesia hace el recuerdo de San José. Le pedimos a él, protector de la Iglesia, por los que se forman en los seminarios para ser sacerdotes. San José, ruega por nosotros, y ayuda a la Iglesia, la nueva familia de los hijos de Dios. Por Jesucristo, nuestro Señor. **R/ Amén.**

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna. **R/ Amén.**

Bendigamos al Señor.
R/ Demos gracias a Dios.